

hijo; pero que salía de los brazos de otra madre, la Santísima Virgen.

El ruido de la carreta y la voz de la madre, cuyas primeras palabras fueron de felicidad, hizo que muchos vecinos se levantasen y fuesen á tomar parte en aquella alegría. No podían figurarse que el muchacho que andaba, hablaba, reía á su vista, fuese el mismo que en la víspera había partido paralítico, mudo, amenazado de una cercana muerte. Al cabo de pocos días toda la comarca sabía la curación del muchacho de Gouze, y bendecía á Nuestra Señora de Lourdes.

Cerca de dos meses después el joven Juan volvió á la gruta. Había ya andado buenos trechos, y empezaba á dedicarse al trabajo. Su alegría, su buena salud, su dicha, encantaban á su padre.

Juan ama mucho á la Virgen Santísima y se goza en hacerle oración. A veces deja la comida y desaparece; búscalo su padre, y lo encuentra con sorpresa en un rincón arrodillado y orando. La poderosa y dulce mano que ha curado su cuerpo, ha impreso su sello en esta alma inocente.

No hay, pues, que admirarse de ver estos milagrosos favores, otorgados casi exclusivamente á los pequeños del mundo, á los niños, á los pobres: este es el orden equitativo de la divina Providencia. Los ricos tienen los médicos y boticarios; pueden pasearse en Cauterets, Bareges, Luchon, Aguas Buenas, en todos los baños de mar: los pobres y los pequeños

sólo tienen á Dios, la Santísima Virgen y los milagros. En cuanto á las madres y á las jóvenes, se concibe por qué la Virgen María se complace en tratarlas como privilegiadas, aun cuando sean ricas.

### XXXIII

Curación de una madre de familia, atacada de un cáncer en la lengua

El día 3 de Noviembre de 1869 había delante de la gruta de las apariciones un grupo de peregrinos que pedían con fervor á la Inmaculada Virgen la curación de una joven madre de familia, cuya situación era casi desesperada y cuya pérdida hubiera sido la muerte de toda una familia. Dos clérigos habían querido asociarse á esta piadosa peregrinación, y oraban con fervor, arrodillados en medio de sus amigos.

La existencia de María Lassabe, de Montfaucon (Altos Pirineos), estaba en efecto amenazada por un cáncer muy alarmante. Era todavía joven, hija única, muy querida de todos los suyos y madre de un hermoso niño.

De repente la señora Lassabe había experimentado en el fondo de la garganta la sensación de la película de un grano de trigo, cuya punzante espina se hubiese clavado en la carne. Su dolor aumentaba por momentos, y no podía ya comer con regularidad.

Hinchósele la lengua, se le volvió dolorosa y dura, particularmente de un lado, y tomó aquel temible color que revela el cáncer. No podía menearla sin gran pena; casi no podía hablar, y experimentaba gran dificultad para comer: el 3 de Noviembre había pasado diez y siete días sin haber podido tragar nada sólido; su vida se sostenía con sopa, papilla y otros alimentos de esta clase. Nada se omitió para combatir al mal. Viéronla médicos que ordenaron los remedios aconsejados para tales casos; mas á despecho de los medicamentos el mal se agravaba.

Era tan abultada la lengua y tan apremiante la necesidad de aplicar á todas sus partes los linimientos, que tuvieron que quitársele los dientes para que estuviese más libre.

Acompañada la señora Lassabe de su médico, fué á consultar á los de Tarbes. Los unos hablaron de cauterizar la lengua, si llegase á abrirse; otros indicaron otros medios; mas todos estuvieron unánimes en reconocer la gravedad del mal. No pudieron disimular del todo su impresión, y la pobre enferma comprendió muy bien que temían por su vida.

Al salir de estas visitas, la señora Lassabe estuvo en casa de una de sus amigas, y habló de su mal con toda la emoción que le habían comunicado las palabras harto transparentes de los médicos. «Y bien, dijo aquella señora tomando de una cómoda un frasco; puesto que estais aquí, tened confianza en Nuestra Señora de Lourdes y bebed de esta agua, que

viene de la gruta.» Estaba expresamente recomendado á la enferma que no bebiese nada frío, tomó con ánimo el agua, y muy pronto se encontró aliviada. Mas esto no era sino un pequeño aliento que le daba la Virgen Santísima, porque dos días después una recrudescencia del mal renovó todas las inquietudes.

Empezóse á reconocer que los medios humanos serían impotentes; y la idea de ir á Lourdes á buscar una curación poco menos que desesperada, había ya ocupado vagamente el alma de María Lassabe y la del Párroco de Montfaucon. El haberse agravado la enfermedad hizo que se resolviese el proyecto, fijándose la peregrinación para el día 3 de Noviembre. La víspera el Párroco preguntaba á uno de los médicos:

—¿Puede esta enfermedad curarse repentinamente?

—Nó, le respondió.

—Y si la enferma se cura mañana de improviso, ¿qué diréis?

—¡Ah! diré que la curación no proviene de nuestros remedios.

Aquel día, 2 de Noviembre, la enferma se encontró peor que los demás días. Habíase aumentado su sufrimiento; apenas podía tomar algunos líquidos: tuvo el antojo de comer un grano de uva, y no pudo tragarlo.

El miércoles, al momento de la partida, nada se había cambiado: los mismos dolores, la misma debi-

lidad en extremo penosa. La señora Lassabe tuvo que guardar silencio todo el camino; se evitaba el hacerla hablar para ahorrarle el dolor que cada palabra le costaba. Cuando profería una palabra, apenas se dejaba oír su debilitada voz.

Los dos clérigos que iban á ayudarla en sus oraciones, celebraron la misa en la cripta á las diez y media. Durante el santo sacrificio, María sufría horriblemente, más que nunca: parecía que le arrancaban la lengua. Llena de fe y energía, recibió notwithstanding la sagrada Comunión, pero con dificultad suma. Todos los esfuerzos de su voluntad no pudieron hacer menear la lengua, y no puede decir cuándo tragó la santa Hostia.

Desde el principio de su mal sus piernas estaban habitualmente doloridas; pero en aquel momento apenas podían llevarla, y bajó á la gruta con extraordinario trabajo.

Allí oró largo tiempo con una confianza ilimitada. Antes había dicho: «Me curaré; lo creo así.» A pesar de la recrudescencia de sus dolores, notwithstanding el carácter fatal de su enfermedad, conservaba firme su esperanza.

Después de haber orado, se levantó para beber un vaso del agua milagrosa; en lo cual hubo de emplear largo tiempo, pues no podía tragar á la vez más que un pequeño sorbo, y aún con un verdadero suplicio. Se arrodilla; sus compañeros oran á dos coros y en alta voz, pero ella en silencio. Empeza-

ron las Letanías de la Virgen, á las cuales se unió de corazón en la imposibilidad de hacer otra cosa. Hacia la mitad, un frío repentino recorre todos sus miembros, siente que su lengua se desata y adelgaza, conoce que va á poder hablar. Lo ensaya... y suavemente responde: «¡Rogad por nosotros! ¡Rogad por nosotros!» Su lengua estaba ágil. Conmovida, incierta, no osaba proferir un sonido. Mas concluidas las invocaciones, una voz clara y firme articula libremente estas palabras: «Dadme otro vaso de agua; quiero beber más.» ¡Era la voz de María Lassabe! Sus compañeros miran atónitos; preséntanle un vaso, y lo bebe de un sorbo sin la menor dificultad.

La primera sorpresa se convirtió en una inmensa alegría. Todo dolor había desaparecido; no le dolían la lengua, la cabeza, las piernas, ni otra parte del cuerpo.

Todos estaban en ayunas, y era tarde. La señora Lassabe sentía una necesidad desaconstumbrada de alimento. Se ponen las provisiones sobre la hierba, y se presentan á la querida enferma los alimentos líquidos preparados para ella. No los quiere; toma un pedazo de pan, y lo come; toma carne, la mastica, la traga sin el menor sufrimiento, y mastica con preferencia por el lado más dolorido de su lengua. Acuérdate de que hacía diez y siete días que su estómago no había recibido un solo alimento sólido, y que en el día anterior le había sido imposible tragar un grano de uva.

En este intervalo los dos clérigos vuelven á la gruta, yendo en pos de ellos el padre.

—¡Y bien! dice el Párroco.

—¡Está curada! responde el padre.

—¿Es posible? Os chanceais; no debiérais hacer estas bromas.

—Señor Párroco, mi hija está curada, ha comido; venid á verla.

El bueno del Párroco se adelanta, no acabando de creer todavía. La joven lo recibe alegre y sonriendo; habla, refiere con emoción el momento de su curación, y su valiente desayuno. «¡Está curada! exclama el Cura derramando lágrimas de gozo; ¡está curada!»

La señora Lassabe va á arrodillarse delante de la gruta para dar gracias á la Santísima Virgen. Un momento después todos oían su voz sonora y vibrante. ¡Cosa inexplicable! Hablaba así, aunque su lengua continuaba gruesa, pareciendo aún dura y como cicatrizada, y no se comprendía, como teniéndola así, su articulación era tan fácil y limpia.

Empezaron de nuevo las oraciones en alta voz, prolongándose en la gruta, y más aún en la cripta. María Lassabe las presidía, y á su voz, que se percibía claramente, respondían los demás. Animados por lo que acababa de suceder, los dichosos peregrinos no se cansaban de bendecir á la Virgen, y acabada una oración pedían otra: la capilla los retenía como por fuerza. Por fin, partió la caravana: la señora Lassabe al marchar dejó por *ex-voto* sus aretes.

Volvieron los peregrinos á la gruta, primero en Noviembre y después en Diciembre. No experimentó la señora Lassabe el menor asomo de su horrible mal, ni alteración alguna en su salud: acabáronse los sufrimientos, la pesadez é inchazón de la lengua, las señales de descomposición. Por otra parte, desde que rezó las Letanías en la gruta, quedó libre del todo de un violento dolor de cabeza que, durante la enfermedad, no le había dejado un momento de reposo. Los colores de su rostro y toda su apostura atestiguaban una salud robusta, un temperamento puro y vigoroso.

### XXXIV

#### Curación repentina de una joven pensionista amenazada de perder la vista

El domingo 28 de Noviembre de 1869, las religiosas de San José, establecidas en la calle de la Estrella, en Tolosa, fueron testigos afortunados de la repentina curación de una de sus alumnas, después de hecha una novena á Nuestra Señora de Lourdes.

Hacía cerca de un año que la joven J. E. estaba amenazada de perder la vista, y á mediados del mes de Enero se vió obligada á interrumpir el curso de sus estudios. Tratada sucesivamente por dos hábiles oculistas de Tolosa, no había experimentado mejoría; los dos hombres del arte habían declarado que

no había que esperar la curación. El primero había asegurado que quedaría ciega; el segundo afirmaba que habiendo las úlceras producido una especie de quemadura que había devorado una parte esencial del ojo, no era posible reparar este mal: lo más que podía esperarse era contener sus progresos.

En el mes de Octubre, al empezarse las clases, la pobre niña había solicitado y obtenido de sus padres la satisfacción de volver á ocupar su puesto, en unión de su hermana mayor, en el colegio; mas todo su trabajo consistía en escuchar las lecciones y escribir á tientas algunas cosas que le era imposible leer. Desalentada por la ineficacia de los remedios, al cabo de dos meses abandonó toda clase de medicación, y el mal empeoraba cada día.

El sábado 20 de Noviembre llegó triste con su hermana al colegio: había confesado á sus padres que ya no veía, y el desconsuelo de la familia había llegado á su colmo. Las dos hermanas lloraban, y con ellas sus compañeras, conmoviéndose también las maestras. Acordaron hacer una novena á Nuestra Señora de Lourdes, la que se empezó aquel mismo día, y á cada ejercicio el fervor de la infantil reunión parecía redoblarse, rogando á Aquella que nunca fué invocada en vano.

Terminó la novena el domingo, día 28. La niña enferma, su hermana, muchas alumnas y todas las religiosas recibieron la sagrada Comunión, con el propósito de hacer al cielo una santa violencia. Des-

pués del santo Sacrificio, una de las religiosas se fué al lado de la pobre niña para bañarle los ojos con agua de Lourdes, y la encontró apoyada en una mesa, llorando y temblando todos sus miembros. «Ya veo, exclama la niña; después de la Comunión he visto que hacía un hermoso día, y he tenido miedo; después este día ha continuado.» Su emoción se convirtió en lágrimas y en un temblor general.

Un grito de alegría estalla en toda la casa: su hermana, las profesoras, las compañeras lloraban abrazándola y felicitándola. El venerable Pastor de la parroquia, que había compartido el dolor de su pequeña feligresa, acudió presuroso á tomar parte en la general alegría, y para hacer constar por sí mismo la verdad del hecho, pues la enferma de la víspera leyó en su presencia libros elegidos á propósito, cuyos caracteres eran muy diminutos.

Desde aquel día la dichosa niña sigue sus clases en medio de sus compañeras admiradas, y estudia las lecciones teniendo el libro á una distancia regular de la vista y sin fatigarse. En acción de gracias á la Inmaculada Virgen María, salud de los enfermos, se empezó una novena.